

# PEREGRINACION AL PEYOTE

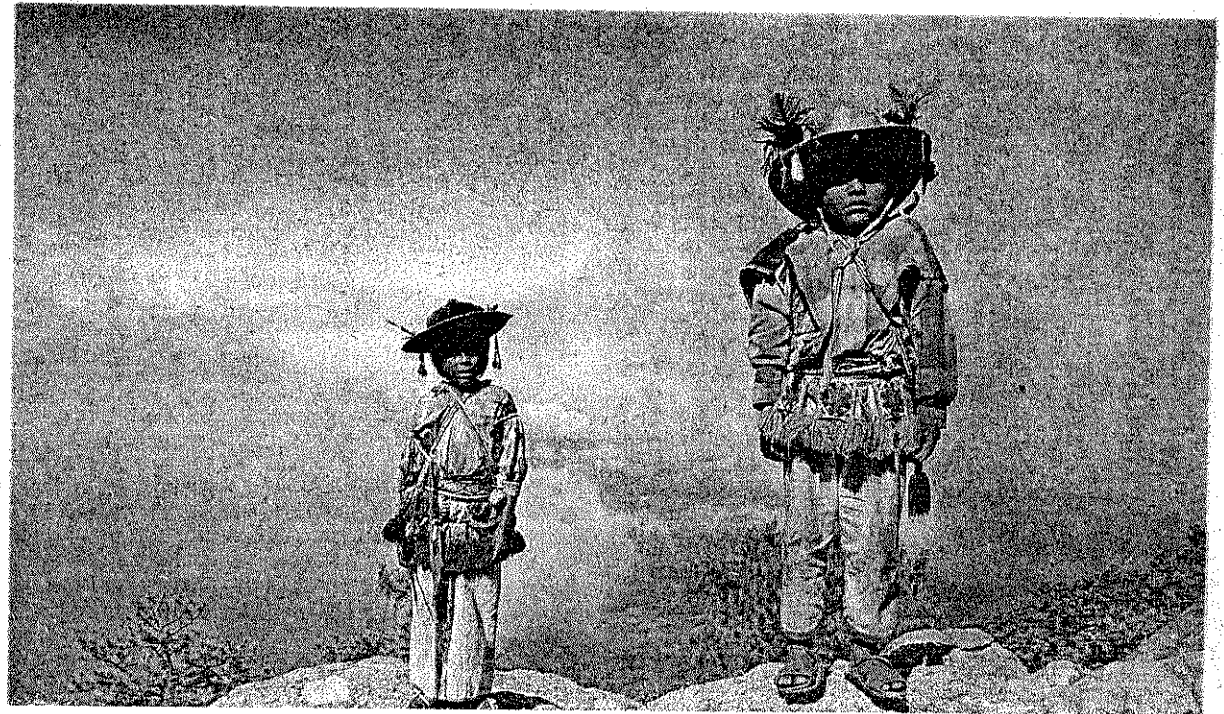
Por LUZ PALOMERA UGARTE  
Instituto de Estudios Sociales. U.D.G.

Los huicholes celebran varias fiestas religiosas durante el año relacionadas con el ciclo agrícola. Estas fiestas tienen la finalidad de mantener "El Costumbre", como dicen ellos, de cumplir con los dioses tal y como lo hicieron sus antepasados para que continúe la vida para, sólo así, quedar protegidos de toda enfermedad, obtener abundantes lluvias, buena cosecha.

Cada fiesta tiene sus propias ceremonias: Cantos (a veces acompañados de tambor o de una pequeña guitarra y violín de fabricación local), danzas, ofrendas y sacrificios de ciertos animales. Siempre es un maraakame, especie de sacerdote médico y en ocasiones artista, el que preside las ceremonias, el que, a través de sus cantos, transmite el pensamiento de los dioses.

El fuego "tatewarí": "Nuestro abuelo, el que todo lo sabe, el que todo lo ve" está siempre presente ya que es él, con la ayuda de "kamuyamaric" el venado, quien habla al maraakame, le dicta las palabras de su canto que recuerdan el origen del mundo, de los antepasados, lo aconseja, lo guía, le dice cómo han de hacer su fiesta, qué animales quiere que le sacrifiquen:

"Como en un sueño le hago preguntas al dios, qué quiere y el dios me responde, quiero esto, de este modo la fiesta, cómo vamos a tamborear, a cantar, qué me deben matar, si borrego, becerro, guajolote, gallina o venado, sólo así no se enferman. Porque yo entiendo, yo conozco de dónde venimos personas todas, animales, todas las cosas. Cómo nació el maíz, el peyote, cómo apareció el venado. No me dijo mi mamá, ni mi papá, ni me lo dijo mi tía, ni un tío, me dijo el dios del sol, mi dios el fuego, lo entiendo lo que está diciendo del costumbre de la flecha, la jícara de que me dejaron mis papás y con eso yo comprendo, me habla, me dice y yo le pregunto, yo lo estoy viendo pues me está enseñando, me pregunta "¿van a cumplir o no? platicamos, así como estamos platicando, por canto. Le pido maíz, la nueva vida que nos dejó



nuestro dios, si quiere que lo comamos ya o nomás lo vamos a tener ahí sembrado hasta que él mande”.

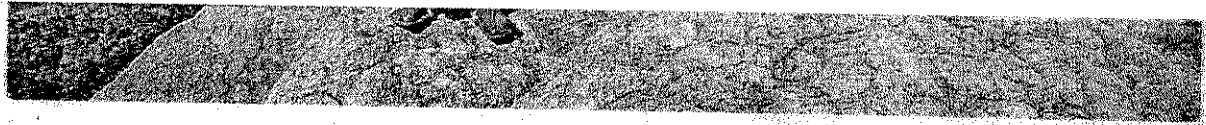
Generalmente los cantos comienzan con la invocación “káuyamaric”, el venado, quien tiene su casa al este del mundo. Después de una plática con el maraakame, tatewarí, el fuego, le pide que mande llamar a káuyamaric por medio de flechas mensajeras. Las flechas encuentran a káuyamaric (el venado) dormido en la oscuridad de su casa que está rodeada de varas emplumadas y está protegida por jaguares, leones de las montañas y serpientes; no es fácil convencer a “káuyamaric” pues le dice que está enfermo, que tiene fiebre, que está resfriado, que le duele la cabeza o que prefiere jugar con su atractiva esposa venada antes de hacer el penoso y largo viaje desde el extremo del mundo hasta el rancho donde se celebra la ceremonia.

Por fin acepta y emprende el viaje pasando por los diferentes planos y niveles del mundo hasta llegar al lugar de la ceremonia. El venado “káuyamaric” es el ayudante y compañero del maraakame; la cabeza del tambor, es la piel del venado, tatewarí el fuego la calienta para ablandarla; se estiró y suena bien.

Los pensamientos, los deseos de los dioses expresados por tatewarí, no son siempre los mismos, por esto es que, aunque existen constantes en cada fiesta, las palabras de los cantos nunca son iguales, los animales que se sacrifican varían, así como el tipo de danza. No hay dos maraakames que coincidan sobre cuál es la versión correcta de un mito, de un cántico.

Tuve oportunidad, de asistir a la fiesta “del tambor y calabaza” también llamada “del maíz” o “de los primeros frutos” y es mi intención en este artículo comunicar al lector mis vivencias y conocimientos adquiridos tanto durante la peregrinación al “Real de Catorce” S.L.P.), que forma parte esencial de dicha fiesta, como mi estancia en “La mesa del tirador”, municipio de Xupan de Bolaños, Jalisco. Mis fuentes principales de información, además de mis experiencias personales, fueron entrevistas que realicé a las diferentes familias y sobre todo a Pablo Taizán, reconocido maraakame y artista e “La mesa del tirador”.

La fiesta “Del tambor y la calabaza”, se celebra generalmente en los meses de septiembre, octubre, tiempo de la cosecha del maíz tierno, del frijol; la calabaza, el jote que están listos para la pizza pero que han de permanecer en la tierra, han de ser comidos y saboreados hasta cumplir con los dioses tal como lo hicieron sus antepasados, los primeros hombres dioses; de no ser así tienen enfermedades, se mueren los animales, todo se acaba, se pierde “el costumbre”, se olvida, no se entiende ni comprende lo que quieren los dioses:



“Es el costumbre que manda, así como lo hicieron nuestros abuelos, abuelas, padres, madres, bisabuelos. El maíz tierno, la calabaza nueva, son sagrados. Se los purifica rociándolos con la sangre del venado. Se lo caza porque es sagrado, para que podamos comer, también la tierra, el fuego quiere comer; hay que alimentar a la tierra, al fuego, para tener aliento de reírnos, de platicar, hablar, gritar, nos dé alegría, fuerza. Nos pasamos el tiempo de las lluvias, desde mayo, hasta junio, hasta julio, hasta agosto, hasta a veces septiembre, sin comida, sin maíz de las milpas, sin calabazas, sin nada. Sólo maíz viejo, seco que ha sido guardado para hacer tortillas. Algunos de nosotros, ni siquiera tenemos eso. Es un momento de gran peligro para nosotros, hay mucha hambre, mucho sufrimiento. Estamos hambrientos. Pero es peligroso comer los nuevos frutos, antes de la ceremonia, antes de que se toque el tambor, antes de que se cace venado”.

Esta fiesta es la más importante de todas porque hay que ir allá a “Virikuta” “Al Real” a “La tierra azul” al “Quemado” en donde tuvo lugar el origen del mundo, en donde nacieron todas las plantas, animales y hombres que existen sobre la tierra: la persona-agua, la persona-montaña, la persona-venado; porque en aquellos tiempos, las raíces, las plantas, las flores, los frutos, los árboles, los animales, los dioses mismos eran personas.

Por eso hay que respetar y cuidar mucho a la naturaleza en el camino al Real, Caminar como acariciando las piedras, mirando con mucho amor todo lo que nos rodea porque ahí están sus antepasados, los “Kakauyari” que lo crearon todo, que les enseñaron cómo cultivar el maíz, cómo curar, bordar, hacer tablas, los que no han muerto, los que siguen enseñando a través del Maraakame. Hay que ir allá, donde tiene su casa “tauyampa” dios padre del sol, donde abunda el “Jikuli”, “Tutú”, “Peyote” o “Rosita” como lo llaman los mestizos: la nueva vida que será llevada como una hermosa flor a los que se quedaron, que tendrán que probarla cada año para reconocerlo, para reconocerse.

El peyote es parte esencial no sólo de esta fiesta sino de la vida y concepción del mundo huichol: venado-maíz-peyote, trilogía inseparable que encierra el origen y la vida:

“El maíz era sólo uno. El venado encontró al maíz allá donde vivía en el mar lo encontró para salvar, para crecer, para vivir, entendió para qué servía el maíz. El venado, siendo maíz y siendo persona, porque el venado era persona no era venado todavía, andaba solo y salió para el Real a buscar esposa, así como nosotros, compañera; como era nuevo tuvo suerte. Cinco días anduvo buscando y andaba en la cacería como lo hicimos allá en el Real, entonces encontró dos venados pero que no eran venados eran peyotes, pero las veía como venado y con ellas se juntó. Entonces él siendo peyote lo cacerieron los dioses, lo agarraron por los cuernos y siendo mismos dioses, ocuparon flechas, jicaras, kaliwey (templo) para poder oírlo, entenderlo y ya no fue gente, fue venado, fue maíz, que se regó por todo el mundo, todos ya lo conocieron. No lo mataron al venado, se salvó, lo ayudaron otras personas a escapar: el ratón que mordió la sogá con que estaba amarrado y el zopilote, el aura”.

Otra versión acerca del origen del maíz-peyote-venado cuenta que los ancianos antepasados, gente-dioses “káuyari”, guiados por el primero y gran maraakame “tatewarí” el fuego, cazaron en su primer viaje a Virikuta al primer venado jamás antes visto, al hermano mayor “Wawatsári”. Al quinto día “Tatewarí” vio al divino venado; primero vieron sus huellas y luego lo vieron a él; era un venado recién nacido, tenía un color verde, un color azul. Lo persiguieron y notaron que donde dejaba las huellas de sus pezuñas, crecía el peyote. El venado trató de huir con la ayuda del zopilote, a quien los “kakuayari” atravesaron la nariz con una flecha, lo que explica el orificio que aún puede verse en el pico del zopilote.

Herido ya el venado yacía en agonía a sus pies, le recitaron oraciones y lo tomaron para que su alma no los dejara y los acompañara en su camino a la cumbre de la montaña “Unakú”, lugar del nacimiento del sol. Vieron que no se moría sino que se convertía en peyote; le cortaron las astas y las molieron en un metate para hacer una bebida, pero lo que realmente estaban bebiendo era peyote. Se sintieron refrescados, cantaron y bailaron, viendo hermosas cosas de muchos colores.